



Publicado el martes 03 de abril del 2007

## NOVEDAD Y GRAN ENTUSIASMO

By **DANIEL FERNANDEZ**

Con su programa de la noche del domingo, la Miami Symphony y su director, Eduardo Marturet, dieron nuevamente fe de su intención de traer a Miami un aliento novedoso y diferente en el ambiente de la música clásica. De entrada, el concierto, que justamente se llamaba *New Music-Old Masters*, escogió un repertorio poco transitado. Entre numerosas obras sinfónicas, que al igual que las óperas, por razones misteriosas van cayendo en el olvido y desapareciendo de las salas de concierto y las casas operísticas, Marturet escogió cuatro que ciertamente merecen no sólo ser escuchadas, sino en el caso de la mayor de ellas, la *Sinfonía no. 8*, de Dvorak, volver a gozar de la popularidad que ostentaron hace pocas décadas.

Otro toque de novedad eran los solistas, el clarinetista Alexander Fiterstein y el violista Michael Klotz, jóvenes maestros que ya empiezan a disfrutar de reconocimiento más allá de sus trabajos como educadores en la Florida International University. También de esa institución provenía el concertino invitado Mish Vitenson.

Abrió la noche con la *Introducción*, tema y variaciones para clarinete, de Rossini. Deliciosa obra en la que el clarinete desempeña un rol casi vocal, con unas "coloraturas" y juegos melódicos que sólo un intérprete con el dominio y la ligereza de Fiterstein podría sacar adelante sin tropiezos.

La segunda obra, no tan espectacular, pero muy agradable: *Concierto para clarinete y viola en mi menor, op. 88*, de Bruch, contó con Fiterstein nuevamente, al que se le unió con la viola Klotz. El binomio logró un impecable acople con la orquesta y tanto en solitario como en sus dúos demostraron su nivel de impecable profesionalismo.

La siguiente oferta, también de Bruch: *Romance para viola en fa mayor, op. 85*, fue la oportunidad de Klotz para demostrar su virtuosismo. A pesar de no ser larga, esta obra tiene las suficientes bellezas y contrastes como para mantener al público interesado. Ante el bello final, ejecutado impecablemente, el público respondió con largos aplausos.

A pesar de lo exitoso del programa hasta ese momento, no cabe duda de que el plato fuerte y el mayor logro --con reservas-- fue la oferta final de la noche, la *Sinfonía no. 8, en sol mayor, op. 88*, de Dvorak. Apenas un poco menos conocida que la famosa *Sinfonía Desde el Nuevo Mundo*, del mismo autor, esta obra es un verdadero derroche de invención, cuajada de melodías folclóricas y toques nacionalistas.

Marturet se paseó por esta música con toda la seguridad y confianza del que recorre por un jardín de su propiedad. Su trabajo con la orquesta (a la que se habían reintegrado los solistas) fue de una cuidada precisión y un bien logrado dramatismo jugando con las dinámicas entre pasajes melódicos y rítmicos. El tercer movimiento (*Allegretto grazioso*)

sobre todo fue entregado con inusual belleza.

Sin embargo, en el cuarto movimiento --donde sólo hubo que lamentar un mínimo desacuerdo en las trompetas-- después de un extraordinario y emotivo trabajo que iba llevando la obra a su espectacular final, Marturet precipitó demasiado los últimos compases, y en lugar de un brillante y altisonante cierre se produjo como una carrera confusa en la que el *tempi* exagerado estropeó la belleza del final. ``Tanto nadar para morir en la orilla".

Aunque la inmensa mayoría del público se puso de pie en larga ovación. Algunos se quedaron desconcertados ante ese final inusitado. "Una pena. Tan bien que estaba quedando", comentó alguien. Cuestión de gusto, tal vez. No obstante, fue un concierto formidable con un atractivo poco frecuente en Miami, la novedad. •

[dfernandez@herald.com](mailto:dfernandez@herald.com)

---

© 2007 El Nuevo Herald. All Rights Reserved.  
<http://www.elnuevoherald.com>